

DOMINGO de la SOLEMNIDAD de PENTECOSTÉS "Ciclo A"  
7 y 8 de Junio del 2014

Hace unos dos meses tuve la oportunidad de tener un asiento de primera fila en el Centro Cívico de Des Moines en un concierto de la Orquesta Sinfónica de Des Moines. Una de las obras que estaban en el programa era el Concierto para violín en re mayor, opus 61, de Ludwig Van Beethoven. El solista de violín era una joven llamada Bella Hristova. Cuando llegó el momento de su actuación, ella estaba de pie, justo delante de mí en el escenario. Además de haberme maravillado por su habilidad técnica en la interpretación y la realización de esta obra en el concierto, también me di cuenta de lo unida que ella estaba con el espíritu de la composición musical. Cuando no le tocaba su parte como solista, la sra. Hristova se veía que estaba profundamente en comunicación con la composición musical, ya que tenía sus ojos cerrados, y su cuerpo se movía al ritmo de la música. La Sra. Hristova y la música eran una sola mente, corazón y espíritu. Al ser testigo de esta experiencia, me proporcionó una percepción clara de la celebración de Pentecostés, de hoy día.

La escena en el Evangelio de hoy nos lleva de vuelta al Cenáculo, en Jerusalén, a la noche del Domingo de Pascua. Los asustados discípulos se habían reunido en el mismo lugar de su último encuentro con Jesús, antes de su muerte. En la bruma de sus miedos e incertidumbres, Jesús resucitado se les apareció aún llevando todas sus heridas y cicatrices. Después de saludarlos, procedió a darles la comisión de ser sus apóstoles, y ordenándoles a continuar su obra de anunciar el Evangelio del Reino de Dios. Al mismo tiempo “Él sopló sobre ellos, y les dijo: Reciban el Espíritu Santo” (Juan.20: 21,22). Este “soplo” nos hace recordar la acción de Dios en la creación de la raza humana en el Libro de Génesis (Gén. 2: 7). Así como la Sra. Hristova que llevaba el espíritu de Beethoven en su interior, los apóstoles ahora llevan dentro de ellos, el don de la vida divina. ¡Ellos, y Dios, son uno!

En la primera Lectura de hoy, de los Hechos de los Apóstoles, (el relato tradicional del acontecimiento de Pentecostés) la escena es la misma, el Cenáculo de Jerusalén, pero el período de tiempo en que esto ocurrió es diferente. Los discípulos, junto con María la madre de Jesús, se habían reunido allí por el mandato de Jesús después de su ascensión, de que debieran de esperar el envío del Espíritu Santo. En esta escena, el Espíritu Santo no se les dió a través de un soplo silencioso, como una lenta, suave y melodiosa rapsodia musical, sino como un ruidoso, atronador rugido de una orquesta completa en que audazmente tocan el tema principal de una sinfonía en sus principios, o en una

conmovedora conclusión final de ella. Todos los reunidos allí escucharon y sintieron un viento de fuerte conducción, como un tornado, y simultáneamente la sala fue bañada por el resplandor de una luz brillante, como llamas parecidas a lenguas de fuego que flotaban sobre las cabezas de todos los presentes. Esta escena tiene un marcado contraste con la escena del Evangelio de hoy, pero el efecto es el mismo. Todos los reunidos allí estaban llenos con el Espíritu Santo, y llendo valientemente hacia delante, cada uno de ellos actuando como solistas, comenzaron a proclamar el mensaje de Jesús a cualquiera que quisiera escucharlos; el mundo entero fue simbolizado por la lista de las personas de los distintos pueblos y naciones conocidas de esa época; entre estos se incluye también la gran superpotencia política, económica y militar del mundo: Roma. Al igual que la Sra. Hristova, cada uno de los apóstoles da testimonio de una manera única, pero al mismo tiempo nunca desunido con el espíritu fundamental del autor del mensaje y su misión; en el caso de la Sra. Hristova, fue el compositor Beethoven, y para los apóstoles, fue Dios revelado en Jesús.

Hoy celebramos también que nosotros somos los recipientes del "Soplo de Dios", en este lugar, y que quizás no seamos envueltos por vientos huracanados, es sin embargo como un montaje en donde la Luz Divina, aunque no sea visible desde fuera, y que a pesar de todo nos impregna las cámaras interiores de nuestro corazones.

Al igual que una gran orquesta, hemos sido reunidos por Dios para cantar la música de su nombre en nuestro mundo. San Pablo nos hace recordar que como los varios músicos en una orquesta y cada uno con su propio instrumento; de la misma forma a cada uno de nosotros se nos ha dado nuestro particular lugar para tocar música los unos a los otros, a veces como solistas, pero siempre como parte de un gran cuerpo: la Iglesia. "Hay diferentes dones espirituales, pero el Espíritu es el mismo; ... En cada uno se manifiesta el Espíritu para el bien común. Porque así como el cuerpo es uno y tiene muchos miembros y todos ellos, a pesar de ser muchos, forman un solo cuerpo, así también es Cristo" (I Co. 12: 4,12 -13).

Nuestro consuelo y nuestro reto, como el de la Sra. Hristova, es continuamente llegar a ser uno con Dios, y dar una expresión a Dios el Compositor Espiritual y su única obra: ¡"El Reino de Dios" Opus 1!

Padre Jim Secora